Fragmento de las Memorias de don José Antonio Vijil [1]

Disuelto de hecho el Gobierno federal, quedaron mandando: Carrera en Guatemala, Malespín en El Salvador, Ferrera en Honduras, Carrillo en Costa Rica, y en Nicaragua una nube de sujetos que de día en día se disputaban o quitaban el poder. En Guatemala, poco y nada se obedecía el poder, porque ni habían aprobado la disolución, ni querían el desorden en que se hallaba el Gobierno, sin un centro de unidad, ni de fuerza: el cuartel, parece que era el Gobierno, pero ni un jefe que reuniese prestigios ni otros elementos; así es que entre Quijano, el Pavo, el Aparragado y otros muchos, que no dejaban de tener corazón, puesto que sin esfuerzos, sin sangre, dejaban sus puestos. Tampoco había, donde nunca han carecido de grandes inteligencias, quién quisiera enfrentar o coger a su cuidado la situación. Esto puede haber sido debido al temor que les inspiraba Granada, que no tenía culpa en la desorganización, y podía en cualquier evento contar con más afinidades o simpatías en los primeros hombres de Guatemala, que veían a todo Centro América, pero que no trataban de organizar nada, sin duda temerosos de Morazán y su partido y de los Ferreras, Malespines y muchachos de León. Triste era la época, lamentable; pero de ella han venido sucediendo episodios, guerras y desgracias, que quién sabe cuándo dejaremos de sufrir. Comenzaron a pensar Ferrera, los muchachos de León y Malespín, Lindo y Ramírez en El Salvador, en tratados y convenciones, pero siempre respetando a Guatemala o a Carrera, que nada quería, estaba satisfecho de la obra de disolución, al mismo tiempo que conservando su ínsula; cada cual, pues, es de presumirse que era la primera página de sus intenciones. En eso transcurrieron dos años, hasta que el general Morazán, en un buque llamado *El Cruzador*, vino a La Unión, con un cuadro de jefes y oficiales, procedentes algunos de ellos del Perú, adonde primero se dirigió en solicitud de recursos de dinero y elementos de guerra que le había ofrecido el general Gamarra. Por desgracia, cuando llegó el general Morazán a Lima, andaba Gamarra en una expedición militar, sofocando una revolución. En aquellos mismos días tuvo lugar un combate en el cual murió. Las cosas cambiaron en aquel país, y Morazán veía perdidas sus más lisonjeras esperanzas; sin embargo, el ánimo de él era superior a todo, y se conocía su inmensidad, su fuerza, en los conflictos. Según una cláusula de su testamento, el general Bermúdez le facilitó veintidós mil pesos, y con el poco capital que él tenía, emprendió su vuelta a Centro América, dando principio por Costa Rica, de donde se le había llamado a Chiriquí, para que los librase de la administración de Carrillo, que gobernaba despóticamente. Para hacer su viaje al Perú, había llamado a todos sus amigos que estaban en Costa Rica, quienes, con mil peligros, embarcaciones impropias y dificultades, emprendieron su viaje. Tocó, a la venida del Perú, en un lugar de la costa llamado, según parece, Tárcoles, antiguo puerto, para esperar allí la gente

(1) De la *Revista de la Universidad* de Honduras.

que se le había ofrecido, y dar principio a la organización de Centro América, con el cambio de la de aquella sección; pero fué descubierto: Bonilla levantó un numeroso ejército, y entonces tomó la resolución de venir al Salvador por el puerto de La Unión. Ocupó este puerto sin ningún inconveniente: el general Aguado era el Comandante, pero andaba por San Miguel en la feria de noviembre del año de 41. Al llegar Aguado al propio puerto, en los suburbios, supo que el general Morazán estaba allí; pero no se detuvo, sin duda por la confianza que le inspiraba el conocimiento que tenía de aquel jefe, pues ya en Perulapán había sido herido y prisionero, y el general Morazán había procurado que con esmero se le curase y se le tuviese toda consideración debida a su grado y honradez. El general le manifestó: que él no venía a quitar ni poner autoridades: que su principal objeto era ofrecer al Gobierno sus servicios, el de sus amigos, armas y buque, para sostener los derechos de Centro América: que el cónsul inglés, por medio de sus agentes, ultrajaba la dignidad del país: que seguía su marcha al interior; y que bien podía continuar en su destino: que allí quedaba el general Cabañas al cuidado del buque. Aguado pareció conforme, pero luego que el general se había retirado, preparó una embarcación, y con la guardia emprendió su marcha para Nicaragua, habiéndoselo manifestado al general Cabañas que estaba solo allí. Cabañas le dijo que no debía irse, puesto que había conformádose con el general Morazán de quedarse; que debía ser fiel a su resolución; sin embargo él insistió, no queriendo aparecer traidor al Gobierno que lo tenía en servicio: se hizo a la vela. El general, inmediatamente, fué al buque *El Cruzador*, y con unos pocos de la tripulación siguió en alcance de Aguado, quien tuvo que rendirse y hacer en calidad de preso, pero siempre con todas las consideraciones a su carácter y honradez.

El general Morazán llegó a San Miguel, en donde reunió algunas fuerzas que de todas partes del interior le venían, no obstante la viligancia de las autoridades. La opinión pública era general, y se hallaba también todo el Estado en guerra, debido al rudo golpe que don Juan Lindo, como Presidente, y Malespín con las armas, habían dado al Cuerpo Legislativo, Corte de Justicia y personas de alguna representación, encarcelándolas y con el mayor vilipendio sacándolas en destierro para la frontera de Guatemala. Este escándalo conmovió a todo el Estado, y por todas partes se sentía el movimiento, porque, pueblos solos, desconocían la autoridad de Lindo y Malespín, y reconocían un gobierno provisorio que lo habían formado en Chalchuapa. Era infalible la caída de Lindo, pero la aparición de Morazán contribuyó a sostenerle, porque muchos de los pronunciados corrieron a engrosar las filas en San Miguel, y Carrera, Ferrera y los muchachos de León levantaron inmediatamente fuerza para auxiliar a Malespín y a Lindo, a quienes, impasibles, estaban viendo caer. Yo estaba en Cojutepeque, y con cien hombres y algunos jefes seguimos el movimiento y nos incorporamos en San Miguel, adonde llegaban oficiales y soldados de todas partes. A poco se anunció la venida de Malespín con una división, y en momento que ya entraba a San Miguel, salió el general Morazán, quedándose del otro lado del río que dista cerca de una legua de la ciudad: al amanecer continuamos la marcha, y estábamos sesteando en San Alejo, que está casi en la mediania del camino de La Unión, cuando se veía la descu-

bierta de Malespín; y de esta suerte continuamos hasta La Unión, al grado de que la embarcación en que el general Morazán se dirigió al buque, fué tiroteada por la descubierta de Malespín. Al llegar toda la fuerza a la playa, alzó ancla *El Cruzador*, habiendo saludado con un cañonazo a sus enemigos y dirigiéndonos para el puerto de Sonsonate, donde sin ninguna dificultad desembarcamos y permanecimos algunos días, recibiendo gente y acopiando víveres y agua. Malespín se consideró perdido, y, enfermo, en hamaca contramarchó a San Salvador y parece que hasta Sonsonate, pues no comprendió, como no podía comprender, las miras del general Morazán, ni por la imaginación podía pasarle que a Costa Rica dirigía sus operaciones. Con estrategias, y bien trabajosas, se hizo embarcar la fuerza, pues gente no acostumbrada a los movimientos del mar, al mareo, prefería morir que volver al buque; pero se verificó el reembarque sin resistencia y de allí volvimos a La Unión, y sin desembarcar, vino el general y algunos jefes, nos fuimos a permanecer por algunos días en la isla de Martín Pérez, por haber allí ganado y ser abundante de agua. Parece, o decían algunos jefes, que el interés era adormecer a Carrillo: dar tiempo a que llegasen las publicaciones del Salvador, Honduras y Nicaragua: entretanto los buques mercantes que aparecían los iba comprometiendo o fletando, de suerte que cuando llegamos a Punta Arenas (2) iban cinco con *El Cruzador;* era una escuadrilla que contribuyó a amedrentar a Carrillo. En el acto del desembarque, continuó la marcha la fuerza que se componía de quinientos hombres con todo y jefes. El general Morazán tomó un camino que va por El Jocote, en cuyo punto tuvo el primer triunfo, y el general Cabañas por el real, que pasa por La Garita (3). Allí en El Jocote estaba el general Villaseñor con mil quinientos o dos mil hombres (4), y sin duda ya en inteligencia con los jefes y el ejército, porque bajó a una quebrada a conferenciar con Villaseñor; y de allí subió este jefe a vitorear al general Morazán. Habían celebrado un tratado que llamaban del Jocote, porque ese era el nombre del punto en donde se celebró, por el cual el jefe Carrillo debía salir desterrado por algún tiempo y entregar la plaza y almacenes que tenía en San José. El ejército de Villaseñor fué a ocupar a Alajuela y el del general Morazán continuó la marcha a San José. Entretanto el general Cabañas, haciendo bajar y subir por un cerro inmediato a La Garita, los cincuenta hombres que mandaba, los hacía figurar como una fuerte y numerosa columna. Igual habilidad tuvo el general Morazán con un comisionado que le mandó Carrillo y que probablemente era medio de averiguar con acierto la verdadera fuerza, pues aún tenía Carrillo tres mil hombres en San José y el entusiasmo de toda aquella población. Los cinco o seis buques, la fuerza de La Garita, que mandaba Cabañas, y la defección de la numerosa vanguardia que había capitulado en El Jocote, pesaban en el ánimo de Carrillo; no obstante, parece que era un hombre bastante inteligente y de valor. Con todos esos incidentes y viendo un Morazán a la cabeza, no se arredraba y buscaba aún medios para hacer un esfuerzo. El

(2) Morazán arribó a Caldera y no a Puntarenas. *N. del D.*

(3) Inexacto. Toda la fuerza de Morazán tomó la dirección de Poás. *N. del D.*

(4) Villaseñor tan sólo llevaba 700 hombres. *N. del D.*

general Morazán acogió al comisionado con la amabilidad de su carácter: hizo pasar la fuerza, en presencia del comisionado a quien obsequiaba un poco de vino, mientras pasaba la fuerza, ya con orden de introducirse a poca distancia entre el monte, para hacérsela ver con otro vestido; los uniformes eran colorados y azules; así es que, la primera vez pasó de colorado y azul: luego dió orden a su ayudante, también ya instruído de la maniobra, para que hiciera acelerar el paso a la segunda división, que volvió a meterse en el monte, y cuando él había calculado, o tenido aviso de estar oculta, volvió a detener, con pretexto de almorzar, al comisionado, y dió orden a otro ayudante que hiciera venir a paso violento a la tercera división, que pasaba ya colorada o azul, porque como he dicho, los vestidos tenían dos faces. El comisionado vió tres divisiones, cuando sólo era una, y es probable que bajo la influencia del temor que es natural en estos casos, los haya visto de ochocientos y de mil cada una, especialmente si no era militar (5). Los diplomáticos tienen una mala vista y no muy buen juicio en estos casos. Cuando se había verificado esta hábil maniobra, ya cerca de San José, hizo salir al general Saravia con el comisionado, llevando el tratado del Jocote y con orden de exigir a Carrillo la ratificación de él, entre quince minutos después de llegar, porque la fuerza ya estaba en los suburbios de la población de San José y haciendo, en caso de una resistencia, al Jefe Carrillo responsable de la sangre que se derramara y desgracias que indispensablemente debían ocurrir. Carrillo no vaciló y media hora después el general Morazán ocupaba la plaza con cuatrocientos hombres a presencia de tres mil que formaban en la misma, y que hizo en el acto marchar a sus cuarteles, desarmar y despachar a sus hogares, lo mismo que traer al mismo Carrillo a la propia plaza, darle un fuerte abrazo y hacerle en el acto montar, custodiado por el general Cabañas, cuarenta jefes y oficiales para el puerto de Punta Arenas, donde lo embarcaron y lo mandaron dejar a otro de los de Centro América (6).

Había opiniones sobre continuar inmediatamente la campaña, aprovechando el entusiasmo del pueblo costarricense y el temor que había producido este glorioso y extraordinario triunfo, sin una gota de sangre derramada y sin nada que lamentar. Es de juzgarse que Carrillo tenía el pensamiento de organizar a Centro América, por el acopio de elementos que tenía en los almacenes, y porque no carecía de valor, inteligencia y, es probable, ambición de gloria. Al despedirse aconsejó al general Morazán que gobernara con una vara de fierro, porque aquella gente no quería de otra suerte, pero ni del carácter, ni sus ideas eran para que el general templase su mando. Por desgracia no solamente Costa Rica sino toda Centro América padece de esa enfermedad, y la prueba más evidente de esta verdad es que ningunos han sido más sacrificados que los que procuraron su independencia, su ilustración y libertad. Doloroso es decirlo, pero indispensable y necesario. Para la juventud que anhela el bien, una lección útil y provechosa.

---

(5) El comisionado de Carrillo era el sargento mayor don José Manuel Quirós, militar experto que difícilmente se hubiese dejado engañar por el ardid de Morazán. *N. del D.*

(6) Todo este relato de la capitulación de Carrillo es inexacto. *N. del D.*

El general Morazán se ocupó de organizar, en todos sus ramos, el Estado dejando vigentes todas las providencias y leyes dadas por Carrillo, y que no se oponían a sus principios. Se convocó un Congreso: fué electo él Jefe del Estado y un señor Mora, don Juan, pero no el joven que después fué Presidente, derrocado y fusilado en Punta Arenas, sino otro del mismo nombre, de alguna edad, y sin duda por eso llamaban el infortunado joven Juanito: tomó posesión de la jefatura y empezó, como digo, a organizarlo todo y a excitar a los Estados de Centro América a la unión, a la organización del país, pero todo era infructuoso; en todos ellos no se hacía más que prodigarle injuria, y de inocular ideas las más inexactas contra él. Se trataba de volver a formar opinión pública para combatirlo. Se le llamaba el enemigo común, el hereje, el aristócrata; pero ya el pueblo había despertado de su letargo. En El Salvador, siempre la opinión pública en su favor: Ferrera ya desconceptuado hasta con sus propios amigos; Nicaragua, especialmente los granadinos, con los brazos abiertos, porque la época de los muchachos los tenía atormentados y buscaban la salvación de sus vidas y propiedades. Era una deshecha tempestad, y esperaban el hábil piloto para que salvara la nave. Carrera era lo único que había que combatir, porque allí estaba opiatado aquel desgraciado y muy desgraciado pueblo. Hubo a pocos meses una tentativa de revolución, se tomaron los cuarteles de Heredia, pero fueron recobrados y descubiertos los conspiradores; pero eran tantos, que mandó el general Morazán sobreseer en sus causas y ponerlos a todos en libertad (7). Esta bondad, este generoso proceder, fué tal vez la fuente, la causa del segundo. El hombre quiere por mal, la gratitud parece que no está en él sino en otros seres.

Tenía en el departamento de Liberia al general Rivas, salvadoreño, jefe honrado y valiente, y de segundo a don Angel Molina, hijo del doctor don Pedro Molina, guatemalteco, y a don José María Prado, también guatemalteco, de jefe político, casado ya en aquel mismo departamento. El coronel Molina ocupaba a Bagaces, pueblo distante de ocho a nueve leguas de Liberia; quería casarse con una niña que se llamaba Josefa Elizondo, que permanecía con su padre y otra hermana en una hacienda intermedia a las dos poblaciones; la niña le había ofrecido su mano con la condición de que se separara de la carrera militar, y él parece que estaba conforme, pero habiendo seguido el padre de la niña al interior, una noche tomó la resolución de asaltarla y llevársela, sin duda porque no tenía por ella verdadera estimación, y en efecto, con un oficial, Guerrero, y otro se dirigió a la hacienda, sorprendió a las niñas, se puso por delante a su pretendida, y la otra con el mayordomo, que sin duda era de esos sirvientes fieles que exponen la vida por sus señores, salieron haciéndole súplica, pidiéndole la presa que hacía esfuerzos por desasirse de su opresor: por fin logró su propósito y a pie, con su hermana y mayordomo, continuó al Guanacaste a poner su queja al general Rivas. Este jefe honrado, indignado con semejante acción, procedió inmediatamente a procesar a los culpados, y habiendo aparecido, sin duda a ver qué resultado daba la queja de la niña, el oficial Guerrero, mandó ponerlo preso. Manuel Angel Molina reunía su

(7) Inexacto; fué todo lo contrario. *N. del D.*

fuerza que era como de cuatrocientos hombres (8) y se dirigió al Guanacaste; el general Rivas, al llegarle el parte de aproximarse la fuerza, saca su guardia a la plaza, le avisan venir por una de las calles una, sale a su encuentro, pregunta al jefe que la mandaba si le conoce, le responde que sí, que si le obedece y le dice también que sí: manda a incorporar la fuerza a la de él; se informa por Manuel Angel, le dicen que viene por otra de las calles, va a su encuentro con un ayudante, y le interroga con estas palabras: "¿Molina, qué es este desorden?", creyendo sin duda que acataría su voz, como había sucedido con el otro jefe, pero éste estaba ofendido por la noticia de la prisión de Guerrero, y quién sabe bajo qué otras influencias; el hecho fué que en lugar de contestarle, le dirigió un lanzazo, el general lo escapó y le dió una herida con la espada en un brazo; en momentos que ocurría esto, Guerrero, el preso, estaba allí cerca, quitó al centinela el fusil y con él, por detrás, disparó un balazo al general Rivas; al caer, los demás dragones de Manuel Angel, sin orden, acabaron de matarlo, lo mismo que al ayudante. Dió parte Molina al general Morazán del acontecimiento, exigiendo su aprobación, y amenazando con pronunciar el departamento en favor de Nicaragua, si no se le reconocía el hecho. Al instante el general Morazán hace salir al general Saget con toda su fuerza, quedando él únicamente con ciento cincuenta entre jefes, oficiales y soldados. Probablemente quiso aprovechar la indignación que causó la muerte del general Rivas, que era muy querido en Costa Rica; y por la indigna manera con que se había asesinado a un hombre de tanto mérito, y la amenaza de desmembrar a Costa Rica de aquel hermoso departamento que cuida especialmente de su frontera, aceleró sus miras de emprender la campaña, cometiendo el error de haberse quedado sin su fuerza de confianza. Parce que ésta no era infundada, pues contaba con la fidelidad de los cartagos y los jefes Alfaros de Alajuela que habían sido perseguidos por Carrillo en sus personas e intereses; interesados en la venida del general, de Chiriquí, cuyos jefes, durante su permanencia en aquel Estado, el uno, don Florentino, mandaba las armas del departamento de Alajuela; y el otro, don José María, el gobierno político. Allí había una fuerza disciplinándose, de dos mil hombres, y acopio de elementos de guerra. Pocos días antes de estallar la revolución, se tuvo noticia de que se intentaba, por los josefinos, echarse sobre unas carretas con armas y otros elementos que iban para Alajuela, e hizo salir el general Morazán al coronel don Cruz Lozano con una fuerza, a custodiarlos hasta Alajuela, y a informar a los Alfaros de las tentativas y conatos de revolución que había. Esta confianza lo llevó al cadalso. Luego dispusieron asesinarlo en la visita que diariamente hacía a los cuarteles, y dejó de visitarlos. Quería sin duda que estallase la revolución, considerándola sin fruto por numerosa fuerza que tenía en Alajuela y alguna de Cartago, descubrir los cómplices y hacerlos escarmentar. Así habría mediado si la fuerza de Alajuela, en lugar de ir en nuestro auxilio, no hubiera ido a consumar la obra de sus propios enemigos. El once de setiembre de 42, a las siete de la mañana, estalla la revolución, dando principio el cuartel de josefinos, insurrectándose y queriendo apode-

(8) La fuerza de Molina se componía de sólo 16 hombres. *N. del D.*

rarse del principal, en que estaban nuestra pequeña fuerza, artillería y elementos bélicos. Yo estaba en casa del general Morazán; era su edecán y me preguntó si tenía bestia: le contesté que sí, y me dijo: "Pues vete y ve montado". Cuando pasaba por la plaza principal, el coronel Lazo, que era jefe de día, se enfrentaba a la fuerza de josefinos en la proximidad del las puertas del Principal, que había mandado ya a cerrar; le dije que qué sucedía y me dió la orden de ponerlo en conocimiento de Morazán; ya este jefe se preparaba, mandando ensillar sus bestias y las de sus edecanes, salió él personalmente a abrirme la puerta, le informé lo que pasaba en la plaza, y entre pocos momentos salimos en persecución de los insurrectos. La lucha era desventajosa, porque se introducian en las casas, nos hacían fuego mortífero, sin poder lograr el dispersarles, sin duda también porque ya tenían la seguridad de que venían en su auxilio las fuerzas de Alajuela, donde había también muchos elementos de guerra de que ellos, especialmente de parque y buenas armas, carecían. El día anterior había yo acompañado al jefe de día y era tal la certeza del malestar del cuartel de josefinos, que al salir de visitarlo, me dijo estas palabras: "Estos están insurrectos, pero no tienen parque; las armas no sirven; pero se sabe que aun piedras de chispa que no tenían, se las han repartido". El general Morazán anduvo hasta las once, en cuya hora entramos al cuartel y siguió el general Cabañas, saliendo a batirlos, hasta las cuatro o cinco de la tarde que llegó la fuerza de Alajuela. En todo el día hizo el general Cabañas proezas de heroico valor; recibió, en el vestido, sombrero, y en el caballo, como diez y siete balazos, con la especialidad de no haberle hecho la más pequeña herida: de las ventanas, de las puertas, de los tejados, le hacían fuego: no hubo un solo jefe y oficial que saliera con él que no fuera herido o muerto, y llegaron a creer los enemigos que era brujo o el diablo y forraban aún las balas en cera de Castilla bendita para tirarle. Tales eran los peligros a que se exponía, y que sólo puede decirse que la Providencia lo libraba. Al llegar la fuerza de Alajuela, no dejaron liberar a los jefes, porque esto habría dado otro resultado, sino que hicieron, con habilidad, que entrara paseando, para que, ya derramada sangre en esta fuerza, se dificultara un avenimiento. El combate duró el día 11, el 12 y el 13, y al amanecer del 14 dispuso el general Morazán la salida. Lo había previsto el enemigo y obstruído con madera, lazos y carretas, todos los lugares por donde esperaban que saliéramos; la salida y aún la abierta de la puerta principal era peligrosísima, porque a ella dirigían los fuegos más de mil hombres que circundaban las casas de la plaza; de tejados, puertas, ventanas y varias calles, venían los tiros: la tropa se resistía a salir, hasta que el general mandó saliesen los de a caballo y, a favor de ellos, la infantería: dolorosa era también la escena, por la idea de pasar sobre los amigos y compañeros de armas que ya quebrados o muertos estaban en el suelo, y cuya infeliz suerte estaba cada cual expuesto a seguir. Mientras se deshacían los obstáculos que habían formado, soportábamos fuegos vivos de todas las ventanas y puertas.

En una de las chácaras o haciendas inmediatas había una fuerza respetable, que no podíamos vencer, porque nuestros soldados habían enteramente perdido la moral; en lugar de hacer fuego y romper aquella línea, se tiraban a

las cercas, porque todo está cercado en Costa Rica, de las fincas de café. En ese lugar, el general Morazán se lanzó sobre la fuerza, golpeando al soldado enemigo con su propia pistola, y yo seguí su movimiento solo con él, hasta alguna distancia, donde alcanzamos al general Villaseñor, que, conocedor de todo aquello, había salvado el reducto o avanzada y buscando el camino sobre los cercos o puerta de otra finca. El general Morazán botó su sombrero; yo le di el mío, continuando destapado hasta que encontramos un soldado enemigo a quien le quité el de él, un caballo que llevaba y un cuchillito, que era la única arma que portaba, y cuyo cuchillito diré a su tiempo el mal servicio que prestó. Había otras muchas avanzadas, que salvamos pasando a escape y contestando el requerimiento de los centinelas: "Los pueblos libres". En todo el tránsito hasta Cartago, el general Villaseñor le decía al general Morazán que no entraran a la población, que podían correr algún peligro, pero el general le decía que era preciso entrar a sacar a un señor Mayorga, que lo consideraba muy comprometido y que era indispensable y justo evitar que lo sacrificaran. Mayorga había reunido ochocientos hombres al saber el asedio en que estábamos en San José, y dirigióse con ellos en nuestro auxilio, cuya fuerza fué derrotada en las inmediaciones de San José. Había algunos jefes y oficiales en Cartago, entre ellos el capitán Calixto Landa, cuyo oficial había sido condenado, por consejo de guerra, a destierro a Matina, y el general Morazán había encargado al señor Mayorga, que era la autoridad de Cartago, que interpusiese por ellos para que cumpliesen su condena allí. A poco tiempo de haber llegado a Costa Rica, el desorden era mucho, la falta de disciplina, absoluta; y llegaban las dificultades hasta criticar al general Morazán y hacer a otros jefes más capaces para la empresa de la reconstrucción de Centro América. Tal vez los enemigos alimentaban esta idea, y el desorden, porque se notaba un celo en muchos de los hombres importantes, por la estimación y aprecio que el general Morazán hacía del general Saravia, joven inteligentísimo, ilustrado y contraído únicamente al interés público, al servicio del Ministerio. Era el más notable hombre de todos los muchos importantes que había allí, que acompañaban al general Morazán. El lo estimaba como hijo, como su amigo le daba el lugar a que era acreedor por sus virtudes y por su mérito. Esto sin duda inspiraba celos, y el mal estado, la indisciplina, llegaban al extremo de haber ya quién pensara o quién dijera ser otro el jefe que debía mandar o continuar la obra de regeneración que había comenzado el general Morazán. Uno de tantos días, para terminar tanto mal, fuimos llamados todos los oficiales y jefes a la casa del general Morazán, quien, al estar reunidos, se expresó de esta suerte: "Yo estoy en el propósito de reorganizar a Centro América; mi objeto, mi misión, no es otra que dar un gobierno de leyes que restablezcan el orden, seguridad y representación en el extranjero: yo no voy a satisfacer venganzas ni pasiones de otro género; si mis enemigos personales, aquellos que pudieran hacerme las más crueles ofensas, son útiles al servicio de la patria, yo no me fijaré en odios ni motivos personales. De consiguiente, si así no creéis o por otras razones, juzgáis más propio, con más capacidad, con más elementos a cualquiera de los jefes que componen el ejército, podéis designarlo, bajo la seguridad que yo continuaré en el puesto que se me designe, aunque sea de último

MIGUEL A. BLANCO
ABOGADO Y NOTARIO
TELEF. 43006

soldado, bajo el supuesto de que si no es así y continuáis bajo mis órdenes, debéis estar seguros que la ordenanza es la única ley que rige, y que el que en lo sucesivo cometiese la más leve falta, será juzgado por consejo de guerra y condenado a las penas que ella impone. El que no quiera continuar en la campaña, puede firmar en ese pliego de papel que está en esa mesa, para, por cuenta del Gobierno, mandarlo dejar a su hogar, al lado de su familia, o a cualquiera de Centro América". Un oficial fué el único que firmó, pero luego se manifestó arrepentido. Todos quedamos conformes, y desde ese día cesaron las habladillas y desórdenes; hubo algunos poco, pero fueron juzgados sus autores; y como dije, el oficial Landa condenado; pero dejado en Cartago por intervención del señor Mayorga, a indicaciones del general Morazán, que si bien quería establecer la disciplina, demostraba el afecto y cariño que tenía por todos los que tan voluntariamente lo habíamos seguido y acompañado.

Cuando el jefe Mayorga excitó a los oficiales desterrados para ir en nuestro auxilio, el oficial Landa le manifestó que sentía mucho no acompañarlo, pero que no quería ir a exponer su vida por una causa o por el hombre que lo había despojado de sus galones. Entonces el señor Mayorga le reclamó la gratitud, recordándole que por él estaba en Cartago: "Pues bueno, le contestó: iré a pelear por usted". Era un valiente: se empeñó la acción, que como dije hubo en las inmediaciones de San José, y salió herido. Al regresar a Cartago, Mayorga concibe o le hacen los enemigos concebir, la idea de pronunciarse y en efecto, la noche del 13, se verificó el desconocimiento del general Morazán, y al oficial Landa, manda Mayorga ponerlo preso, lo mismo que a los otros salvadoreños y hondureños o compañeros nuestros que había en Cartago; todo esto, como acababa de pasar, lo ignorábamos: el general Villaseñor lo presentía, tenía mejor conocimiento de Mayorga y demás hombres que lo rodeaban; pero el general Morazán insistía en llegar a salvar a Mayorga y demás compañeros, al mismo tiempo que aconsejar los medios de salvar la población, porque era en la que se advertía verdadero afecto a todos nosotros y a nuestra causa.

Llegamos a la propia casa de Mayorga: allí estaba don Félix Espinosa, que había llegado con el objeto de hacer la exhumación del cadáver del general Lamar, peruano, que había sido sepultado en Cartago, y quería el general Morazán obsequiar al Perú aquellas estimables reliquias para la nación. Estaban en la urna que de delicada madera y con preciosos adornos se había preparado en la misma pieza en que tuvo lugar la más triste y lamentable escena. Espinosa se cortó, probablemente, al verme llegar: el general Morazán se ocupaba de informar a todas las personas que llegaban de los sucesos y de las causas que lo habían obligado a dejar la plaza, y de los medios a que debían ocurrir para evitar que la población de Cartago sufriese, puesto que había sido fiel hasta los últimos momentos. Los generales Morazán y Villaseñor no se bajaron de sus caballos: yo lo hice para pedir a la señora de Mayorga qué comer y qué fumar, porque en los tres días de asedio habíamos sufrido hambre y privaciones de todo género. La señora esposa de Mayorga, al darme lo que le pedía, me dice: "¡Váyanse, váyanse, váyanse!" Interrogo al señor Espinosa, que estaba en el corredor, ¿qué contenía la tribulación de aquella señora y

querernos despachar?; entretanto, el general llamaba a Mayorga, que nunca llegó, y me dice, saliendo de su estupor: "Aquí se pronunciaron anoche: "Me dirijo al general Morazán y le denuncio esta noticia: "¿Quién lo dice?—me replicó—. "Don Félix". "Pues monta y vámonos". Al salir de la puerta del zaguán, llegaba la escolta, que nos contenía ya salir; el general habló a los soldados, les presentó el pecho, se abría la levita y les decía: "Tiren, mátenme, quítenme la vida y no me entreguen a mis enemigos". Pero los soldados y oficial no escuchaban y repetían: "¡Atrás, atrás! "Regresamos, desmontando, y entrando a la pieza inmediata al zaguán, dejando las bestias en los pilares del corredor; me mandó el general a ver si podía seducir al oficial para que nos dejase salir; pero por más ofrecimientos que les hacía de oro y de otras mil consideraciones, que para él se tendrían al salvar tan importante hombre, todo fué infructuoso. Entonces me dice el general: "¿En dónde están las bestias?" "Están—le contesté—en el corredor". "Pues prepáralas y prepara también tus armas para echarnos sobre la guardia", que hasta entonces estaba en la puerta de calle; solté las bestias y alisté mis armas, y cuando disponíamos a montar y a forzar la escolta, llegó el general Saravia, que había dejado en las inmediaciones de la población al general Cabañas con los restos de nuestra fuerza: esto hizo variar de resolución, y como las bestias ya estaban sueltas, se fueron a los patios: también la guardia se nos puso en la puerta de la pieza. Esperando la llegada del general Cabañas para que nos salvara, cuando llegó don Francisco Morazán (hijo del general), que sabedor que estaba preso iba a correr su suerte: le preguntó por Cabañas y la fuerza; y le dice: "A una cuadra de aquí detuvieron a Cabañas unos señores, le presentaron una mula y le dijeron que usted había pasado para Matina y dejándoles el encargo de proporcionarle una buena bestia para que lo siguiera; en la misma calle se ocupó de ensillarla, de recomendar a los mismos señores de la obra de la salvación de tanto infortunado que dejaba y que en el acto se disolvieron;" buscando cada uno el medio de salvarse, pues habían, después de haber vencido el reducto por que pasó el general Morazán, venían peleando y conteniendo una fuerza de más de mil hombres que los perseguía. Don Francisco era de ellos y cuando llegó a una casa y supo la prisión de su padre corrió a seguir su destino. Pocos momentos transcurrieron sin que llegara la fuerza que nos perseguía de San José, vencedora y enfurecida, porque venía de un sangriento combate. Al llegar a la casa de nuestra prisión, era en una gritería: "¡Vivan los pueblos libres!" El general Villaseñor, impresionado, cogió una pistola y se la disparó en la cabeza, pero sólo dió fuego el tubo: ocurrió a la otra y con el general Saravia se la quitamos, contrariando el parecer del general Morazán que nos dijo: "Déjenlo, déjenlo"; luego se recostó en una cama en donde yo había estado también descansando un poco antes: aquel cuchillito que dije a su tiempo manifestaría el servicio que prestó, se me había salido de mi bolsillo: Villaseñor lo encontró y con él se dió dos profundas heridas cerca del corazón, de que derramó copiosa sangre y ya desde ese momento permaneció bañado en su sangre, y el general Morazán recostado también al frente de un catre, con una herida de bala en el carrillo izquierdo, muy inflamado, cuyo

balazo recibió el último día 13, del combate. Todo el día 14 permanecimos allí, rodeada la casa por los mil hombres. Con el general Saravia conversábamos poco de nuestra suerte; más bien me refería él su estadía en Lima, y aun nos entreteníamos con la lectura de un periódico que había él sostenido en aquella República y del cual tenía un número. A las siete de la noche, aparecieron unos tantos hombres con grillos y cadenas. Comenzaron por el general Morazán, en cuyo acto estábamos el general Saravia y yo, enfrente, presenciando tan cruel afrenta. Luego el general Saravia dijo: "Seguirá usted, Vigil, o seguiré yo; tráigame aquel colchón", que una familia con quien ya teníamos algunas relaciones, había mandado: "Pónganlo aquí frente al catre del general Morazán: tráigame los puros y mi eslabón", que estaban en la mesa en que estaba colocada la urna que contenía, como dije, los restos del general Lamar, cuya especie, cuyo pedido de puros desmiente a los que han querido hacer valer que se había envenenado. Al comenzarle a poner los grillos, empezó a sentir convulsiones: era muy nervioso; tierno, había sufrido una fiebre en Guatemala, la que le había perdido el completo uso de una pierna y le decían sus desafectos "el cojo Saravia". Tenía veintiocho o veintinueve años, muy ilustrado, sin más vicio que el de fumar, dedicado siempre, a toda hora del día y de la noche, pues parece que dormía muy pocas horas, a los libros y a la pluma. Todo lo despachaba en el Ministerio, y el general Morazán lo distinguía y apreciaba como lo primero, lo más importante en la columna que lo acompañaba. Es de creerse que un joven que jamás había experimentado el infortunio no pudo soportar la escena y el ultraje: luego que comenzó a estremecerse, pronunció estas palabras: "Mátenme, que siento no sé qué cosas en el alma!" El general me dijo que le diera unas friegas, porque la cabeza le pegaba al espinazo: me ocupé de ello con la propia capa del general Morazán, pero luego advertí que había muerto y lo dije al general Morazán, quien sorprendido me decía: "¿Es posible? ¿Ya murió?" "Sí, le contesté, ya murió": aun no habían acabado de ponerle los grillos, cuando ya había dejado de existir. Yo seguí colocándome en los pies de él, para aprovechar siquiera el colchón y poner la cabeza a un lado de los pies del cadáver, y don Chico, para quien ya no hubo grillos sino una cadena, al otro lado. Así permanecimos toda la noche del 14 de septiembre, año de 42, rodeada la casa de los mil hombres, y haciéndonos las centinelas, por reclutismo de los jefes y soldados, apuntándonos algunos de ellos ebrios y registrando, al mudarlos, las cazuelejas para observar si estaban buenas las cebas. En el interior ninguna otra voz que la del general Morazán, que por toda la noche decía a cada instante, a cada segundo: "¡Pobrecito, pobre muchacho! ¡Pobrecito!" El general Villaseñor se quejaba, pero de tiempo en tiempo. La vela estaba sobre la urna que contenía restos mortales y que contribuía a hacer más fúnebre, triste y melancólica la escena. Al día siguiente, muy temprano, el quince, nos quitaron los grillos, y cuando estaban concluyendo esta operación, llegó un sacerdote anciano, cuyo nombre no recuerdo, y después del saludo a todos en general, se dirigió al general Morazán, bañado en lágrimas, con una voz profundamente notable, diciéndole, por dos o tres veces, estas palabras: "General Morazán, vengo a ofrecer-

le mis servicios, porque ya usted, general Morazán, a comparecer ante el general de los generales, ante el héroe de los héroes, ante el príncipe de los príncipes". El general le decía, con su natural afabilidad: "Siéntese, señor"; pero el anciano sacerdote, lleno de dolor y con el poderoso sentimiento de religión, repetía, como dije, aquellas palabras. Se nos mandó salir a don Francisco, a mí y a los centinelas, de donde puede deducirse que el sacerdote logró su objeto, y puede también juzgarse, porque salió sin derramar lágrimas y lleno de consuelo. Luego nos pusieron en marcha, en medio de dos líneas que formaban los mil hombres, y una descubierta adelante y otra a retaguardia, en nuestras bestias: el general Villaseñor en una hamaca, porque iba moribundo, y otros muchos oficiales y soldados que habían sido prisioneros y estaban en otros cuarteles. Toda la población de Cartago demostraba el sentimiento, se le notaba en el semblante a todos el dolor y algunos ancianos y niñas lloraban. A las cinco de la tarde llegamos a San José (9). En los suburbios de la población un oficial, Benavides, con una voz rotunda e imperiosa mandó echarnos pie a tierra: era de creerse que íbamos a ser despedazados por un pueblo enemigo y en donde se había derramado tanta sangre por tres días y tres noches; yo me coloqué al lado del general Morazán, y al otro lado un jefe del Salvador, para que la escena comenzace con nosotros y no presenciar primero la de nuestros compañeros; porque iban, como he dicho, otros muchos; pero no fué así: un solo insulto no se nos dijo; había un silencio profundo; las voces suaves de algunas personas se oía que decían: "Aquél es", sin duda conociendo al general los que no lo habían visto nunca. Un ebrio fué el único que dijo a Morazán: "Morazán, Morazán", pero lo mandaron callar. Se nos introdujo a un lugar que llamaban "Los Almacenes", y a pocos momentos nos dividieron, dejando sólo a las dos víctimas, Morazán y Villaseñor. Un poco antes de dividirnos, mandó llamar el general a don Mariano Montealegre, quien entró, lleno de dolor, derramando copiosas lágrimas; pero el general le dijo: "No se acongoje: el tiempo es corto, venga, tengo que encargar a usted algunas cosas (probablemente su esposa e hijos que estaban presos); "morir hoy o morir mañana es lo mismo; no perdamos el tiempo". Luego llamaron a don Chico, de la pieza adonde nos habían pasado del mismo edificio, para que escribiese el testamento. En momentos tan solemnes, un oficial llegó y le dijo: "Señor, ¿me deja la capa?", y él le contestó: "Quite usted de aquí, hombre imprudente". Serían las seis de la tarde, quince de septiembre, cuando consumaron tan horrendo crimen. Para verificarlo, tuvieron que entretenernos con una comida a muchos de los principales jefes, principalmente los de Alajuela, y algunos de los que nos habían traído de Cartago, porque ya el general, con su astucia y dulzura, los tenía empeñados en que no lo asesinaran. Si no verifican el asesinato... tan inmediatamente y con esas precauciones, no tan sólo no lo matan, sino que era muy probable que se habría salvado. El crimen es fecundo en medios. Al salir el general para el patíbulo, un señor, don Domingo Carranza, le ofreció el brazo; él le contestó, porque era de sus más desafectos: "Gracias, ni

(9) Morazán y sus compañeros llegaron a San José hacia la una de la tarde. N. *del D.*

he de huir ni me falta valor para llegar al patíbulo". El mismo Carranza nos refirió la especie, admirado de tanta serenidad: hubo otro incidente que honra su memoria: divisó, en una de las puertas del tránsito, a un señor Guevara, joven que era jefe de sección: lo llamó y le dijo: "Vea no se pierdan los papeles correspondientes a la cuestión inglesa; están en tal carpeta". Se ve que ni en aquel supremo lance, con el dolor de tanto amigo infortunado, sin saber de su familia, desoía aquel mártir la voz de la patria. Al mandar las escoltas que debían terminar su existencia y la de Villaseñor, se despidió de este jefe, que en una silla habían conducido, diciéndole: "Adiós, amigo: yo lo he traído aquí, pero dentro de poco nos veremos! Apunten: baja, tú, hijo, la puntería, súbela tú, aquí directamente, aquí", señalándoles los lugares más sensibles y mortales de él y Villaseñor. "¡Fuego!" Villaseñor murió del momento, porque ya era poca la existencia que tenía; él volvió a pararse, diciéndoles: "Acaben de matarme".

Toda aquella gente no hallaba palabra con que admirar la serenidad y valor con que había muerto aquel héroe. Hasta palabras indignas e impropias de un pueblo cristiano decían en honor de la víctima. Sensible y muy sensible es ver desaparecer, por la supina ignorancia y la maldad incalificable, al hombre que tanto sacrificio había hecho por su patria, que había procurado sacarla del caos en que estaba, y sin duda habría elevado en aquella época al rango de una nación civilizada, sin atravesar como hemos atravesado, y quién sabe cuánto nos falta que atravesar, tanta ignominia y desgracia. Dios ha de permitir que no sea así, y que esa víctima, esa sangre tan impunemente derramada, fructifique la idea de adelanto y progreso que es de esperarse de la juventud que hoy se levanta y que apetece más la gloria y la honra, pospondrá estos grandes intereses u objetos, a mezquinas miras e intereses ruines y rastreros.